

Entonces acabó el tiempo. Ambos nos miramos a la cara como un instante fugaz del que nunca quisimos desprendernos realmente. Su mirada emanaba fuego, seguramente mero reflejo del incendio que acaecía en mis ojos. Pero la solté como quien suelta un demonio, callados nuestros corazones gritando, gritando no siendo escuchados por nadie. Pasó como un segundo o como un milenio, pero al fin y al cabo, ¿qué es el tiempo? ¿Es tal vez la arena cayendo en un reloj o la miel que imaginaba descender de sus labios? Quizás la clave esté en que no hay clave posible para el tic-tac que rige un corazón muerto, y que no hay muerte posible para un sentimiento que una vez se sintió vivo. La calle empapada por la humedad... el contraste perfecto para unos ojos que un día lloraron, y mentiría diciendo que volverían a hacerlo en un futuro, pues hace mucho que permanecen fríos. El invierno es duro para los que aman. Aunque a veces olvido lo mucho que quema el hielo, la manera en que un iceberg hace estragos, mientras esa cerilla en cénit se apaga con un soplido.

Por enésima vez agarré la botella, sabiendo que en algún momento la noche me lo cobraría, pero sinceramente eso ya me daba igual puesto que veía tres lunas, dos de ellas en el cielo, una enfrente de mí. Jamás algo me había obsesionado de tal manera, ¿qué era aquello que presionaba mis hombros contra el suelo no siendo gravedad? Me dije que la culpa, y le pedí mil disculpas más pero en silencio, temiendo romper ese ambiente de lujuria en versos mudos. Ella solo miraba, solo observaba, pero esa siempre fue su manera de pedirme que volviera y ese fue precisamente siempre mi punto débil. La oscuridad de aquella ya entrada madrugada invitaba al delito de fundirse en uno, pero no era mi intención darle el placer de hacerme esclavo, aún ya siéndolo sin querer. Recuerdo cuando nos conocimos, incluso entonces ya tenía ese extraño poder sobre mí. Le pregunté por su nombre, pero ella jamás me

respondió. Levantó una ceja con sonrisa juguetona, la cual no entendí, pero hacia sentir que lo tenía todo bajo control. Nada más lejos de la realidad, señores. Mi orden se convirtió en caos con esa sonrisa, y mi quisquillosa manera de tener cada palabra, pensamiento o acción en su sitio, se tornó en descontrol, tal que ella se levantó y se marchó riéndose a medias. Si no me quedé en su risa, me quedé en sus andares y me fui con ellos a otra parte, dónde nadie pudiera verme. No sé adonde fue, lo que sí sé es que vino conmigo de por vida.

Ahora que vuelvo a tenerla físicamente aquí, se me eriza la piel en un sin sentido. Aún sigo sin saber su nombre pero, como bien sabemos, un nombre no es nada. Poco me importa si se llama miedo, dolor o incertidumbre, porque podría seguir sin llamarla eternamente y aún así mantener su esencia. Podría seguir siendo anónima sin dejar de ser reconocida a la vista de todos. Aunque bien es cierto, que el mundo apenas sabía de su existencia. Parecía tener esa habilidad para pasar inadvertida ante el resto, y solo aparecer a mis ojos, solo existir en mi presencia. La tuve tan cerca y tan lejos, fuimos agua y aceite a la vez que uña y carne. ¡Ay el alcohol! Vuelve a jugarme otra sucia pasada para no variar, y al destino le encanta hacerme este tipo de cosas.

Intenté acercarme a ella, palabra, pero mis piernas no respondían a mis súplicas de que avanzaran. Dios, ¿qué me pasa? Tiro la botella ya vacía, la cual se rompe al contacto con el suelo. Hablaría de los minutos que pasaron si fuera consciente de ello, pero de lo único que podía percatarme es de que no me percataba de nada. Las señales, ¿qué señales? Solo veía un momento, un tren al que subirme y descarrilar en la siguiente curva, "Solo ida, por favor. ¡Gracias!". Pero qué coño importa el minuterero a estas alturas. Como si de una representación de mi mente en

esos momentos se tratase, empezó a llover fuera del techo que nos cubría; gota a gota, goterón a goterón, agua que caía en crescendo hasta finalizar en casi un diluvio momentáneo. Ella giró su cabeza para mirar cómo aumentaba la tempestad. Casi estalla mi pecho cuando me devolvió la mirada... otra vez levantó la ceja izquierda, moviendo la boca cerrada hacia la derecha y bajando el rostro un poco. Dejó de mirarme de golpe como aquella vez, y como un *déjà vu* volvió a reírse, corriendo hacia ese catastrófico temporal, se puso debajo y empapada se volvió a mí de nuevo. Callada, callado, andando, abrazándola, mirándonos, la besé. No parecía que aquella lluvia fuera a tener fin, y de hecho, nunca lo tuvo.

Jamás podré olvidar esa sensación. Jamás podré olvidar aquello, jamás. Todas mis dudas fueron eludidas, ¿sabéis? Solo hay una cosa más fuerte que el alcohol, que el miedo, que el dolor, incluso que la incertidumbre. Podríamos llamarlo quizá...

El amor bajo la lluvia.